

Traducción
Charles Dickens, el escritor que vio el encierro en todas partes
Para el novelista, el encarcelamiento no era solo una mancha en la sociedad; era un aspecto del yo.
The New Yorker

En febrero de 1824, Charles Dickens vio con angustia cómo su padre era arrestado por deudas y enviado a la prisión de Marshalsea, al sur del Támesis, en Londres. "Realmente creía en ese momento", le dijo Dickens a su amigo y biógrafo, John Forster, "que me habían roto el corazón".

Pronto, la madre de Dickens y sus hermanos menores se unieron al padre en Marshalsea, mientras que Dickens, resentido, ganaba dinero en una fábrica, etiquetando botes de betún para zapatos y botas. Aunque su padre sería liberado en unos meses, Dickens nunca dejaría atrás por completo el recuerdo del encarcelamiento de su familia. En su biografía de 2011, Claire Tomalin señala que, en la edad adulta, Dickens se convirtió en "un visitante obsesivo de las prisiones". En el ensayo autobiográfico, "Night Walks", describe detenerse en las sombras de la prisión de Newgate, "tocar su piedra en bruto" y demorarse "junto a esa pequeña y malvada puerta de los deudores, cerrándose más fuerte que cualquier otra puerta que se haya visto". Mientras recorría Estados Unidos como un autor famoso, se aseguró de ir a ver las prisiones de Boston, Nueva York y Baltimore, entre otras.

La obsesión de Dickens apareció en su primera novela, "The Pickwick Papers", y continuaría atormentando su imaginación a lo largo de los años. En "Great Expectations", el héroe provincial Pip visita Newgate y piensa "qué extraño era que me envolviera toda esta mancha de prisión y crimen. . . comenzando como una mancha que se desvaneció, pero no desapareció; que, de esta nueva manera, debería impregnar mi fortuna y progreso ". Newgate no es solo el escenario de la gira de Pip. Espera encerrar a Fagin al final de "Oliver Twist" y, en "Barnaby Rudge", la novela histórica sobre los disturbios de Gordon de 1780, una turba irrumpe en la prisión y la quema. "Una historia de dos ciudades" comienza con el regreso de un prisionero de la Bastilla a su familia y termina en La Force, donde los revolucionarios franceses retienen a los condenados a morir en la guillotina. Y "Little Dorrit", que se serializó entre 1855 y 1857, está ambientada en Marshalsea, un regreso imaginario al lugar donde el padre de Dickens se mantuvo alejado de él.

"Little Dorrit" es la novela carcelaria más desgarradora de Dickens, un estudio plagado de los costos del confinamiento. Los Dorrit, como los Dickens, son liberados cuando alguien más paga sus deudas, pero Dickens muestra cómo la pequeña Dorrit, que nació en Marshalsea, tiene problemas para distinguir la libertad del cautiverio. Los Dorrit sellan su regreso a la respetabilidad con una ostentosa gira por Italia, pero la pequeña Dorrit no puede aceptar la verdad de su libertad. Se mueve de un alojamiento ornamentado a otro, todo pasando ante su visión como una procesión de "irrealidades". Reflexiona cínicamente sobre las similitudes entre los prisioneros y los turistas: "Merodeaban por las iglesias y las galerías de cuadros, a la manera antigua y lúgubre del patio de la prisión". Desde el balcón de su apartamento de Venecia, mira hacia abajo sobre el agua oscura como si "pudiera secarse, y le muestra la prisión de nuevo, y ella

misma, y la vieja habitación, y los viejos presos, y los viejos visitantes: todo duradero realidades que nunca habían cambiado ".

Abrir una puerta, sugiere Dickens, no siempre es suficiente para liberar a alguien. De hecho, la prisión prevalece aún más en su obra como metáfora que como escenario. Coketown, el escenario industrial ficticio de "Tiempos difíciles", es un lugar "donde la naturaleza estaba tan fuertemente bloqueada como los aires y los gases letales". "A Tale of Two Cities" está repleta de prisiones reales, pero incluso el banco de la novela, Tellson, se describe como una mazmorra húmeda. Hay barras de hierro y un perpetuo "crepúsculo lúgubre", y cuando un joven va a trabajar allí, "lo esconden en algún lugar hasta que envejece". Dickens, influenciado por sus días en la fábrica negra, expuso apasionadamente cómo los empleadores atrapan a sus trabajadores, pero también esparció el polvo del patio de la prisión sobre las casas de sus personajes. En "Grandes esperanzas", la "lúgubre" vivienda de la señorita Havisham, Satis House, tiene todas las características clave: "Algunas de las ventanas estaban tapiadas; de los que quedaron, todos los de abajo tenían barras herrumbrosas ".

Como puede decirle cualquiera en cuarentena, una prisión metafórica necesita un prisionero metafórico. Dickens comprendió la facilidad con la que podemos quedarnos encerrados en nuestras propias vidas, ya sea por hábito, circunstancia, injusticia o el circuito cada vez más estrecho de nuestras obsesiones. Varios de sus personajes más memorables son arrestados de alguna manera. Miss Havisham, incapaz de olvidar que la dejaron plantada en el altar, holgazanea en su mansión en ruinas. (Al conocer a Pip, ella pregunta: "¿No le tienes miedo a una mujer que nunca ha visto el sol desde que naciste?") Luego está la Sra. Clennam, de "Little Dorrit", quien, sentada en el estilo gótico estándar melancolía, cavila constantemente en el pasado. De estas personas, cuya difícil situación podría parecernos familiar, Dickens escribe: "Para detener el reloj de la existencia ocupada, a la hora en que fuimos personalmente apartados de ella; suponer que la humanidad quedó inmóvil, cuando nos detuvieron [. . .] es la enfermedad mental de casi todos los reclusos ".

Para Dickens, el encarcelamiento no era solo una mancha en la sociedad; era un aspecto del yo. Los extravagantes nombres de sus personajes sugieren que la personalidad en sí misma es una especie de jaula. Está el inflexible Sr. Gradgrind, el tonto Sr. Bumble y el miserable "Scrooge", cuyo nombre se extrae de "tornillo" y "gubia", ambos aludiendo a prácticas financieras despiadadas. Scrooge, que se "aferra" en su búsqueda de dinero, está atrapado por sus propias fijaciones, "secretas y autónomas, y solitarias como una ostra", y Dickens deja en claro que todos compartimos algo de su corazón cerrado con candado. Al principio de "Historia de dos ciudades", medita sobre lo distantes e incognoscibles que somos el uno para el otro. Se imagina una "gran ciudad" de noche, pero en lugar de recorrer sus cárceles nos pide que consideremos que "cada una de esas casas agrupadas en tinieblas encierra su propio secreto; que cada habitación en cada uno de ellos encierra su propio secreto; que cada corazón que late en los cientos de miles de pechos que hay allí, es, en algunas de sus imaginaciones, un secreto para el corazón más cercano a él ".

Las tramas de Dickens a menudo dependen de estos secretos, que se ocultan, intercambian y revelan de diversas maneras a medida que se desarrollan las historias. Pero proporcionan más que melodrama. El secreto de Dickens, encerrado en el pecho de sus personajes, enfatiza nuestra separación inherente unos de otros. Siempre hay, propone, altos muros entre nosotros.

Esta visión claustrofóbica del yo se refleja en el comentario social más amplio de Dickens. Aunque escribió en la época victoriana, que vio el surgimiento de redes avanzadas de comunicación y, a través de los nuevos ferrocarriles, la circulación mejorada de personas y mercancías, Dickens comprendió cómo el gran impulso modernizador produjo nuevos tipos de encarcelamiento. La industrialización capturó franjas de la población en trabajos repetitivos en las fábricas. La ampliación de las carreteras de Londres desplazó a los pobres. Muchos de ellos vivían en barrios marginales abarrotados y plagados como los de "Casa desolada", donde "no se ve nada más que las casas locas, calladas y silenciosas".

A su alrededor, Dickens vio vidas secuestradas, a pesar del mito liberador del progreso. Echó gran parte de la culpa al estado, cuyas instituciones, en su opinión, sofocaban a los ciudadanos con la burocracia. "Bleak House" es de nuevo un buen ejemplo, ya que satiriza un sistema legal que pone a las personas bajo su lenta maquinaria. La demanda central de la novela, Jarndyce y Jarndyce, ha durado décadas y los posibles beneficiarios nacen y mueren antes de que se resuelva en el Tribunal de Cancillería. La vieja señorita Flite, que cree que tiene algo que ver con el caso, tiene pájaros enjaulados en su habitación, para que los liberen cuando finalmente llegue el juicio. Se refiere tanto a los pájaros como a los pretendientes de Jarndyce cuando dice: "Sus vidas, pobres tonterías, son tan cortas en comparación con los procedimientos de la Cancillería que, una a una, toda la colección ha muerto una y otra vez. Dudo, ¿sabes, si alguno de estos, aunque todos son jóvenes, vivirá para ser libre? Tales confinamientos causan una enfermedad tanto espiritual como literal; varios personajes contraen un contagio sin nombre parecido a la viruela. En la sociedad ahogada de Dickens, solo la enfermedad circula libremente.

En 2019, un tesoro de cartas de Edward Dutton Cook, un confidente de la esposa de Dickens, Catherine, fue noticia. En una de las cartas, Cook sostiene que Dickens estaba resentido con Catherine por perder su apariencia y que "¡incluso trató de encerrarla en un manicomio, pobrecito!" Hacía mucho tiempo que se sabía que Dickens era un marido poco amable, incluso cruel, pero las cartas presentaban al autor como un siniestro presunto carcelero. ¿Cómo pudo el hombre que dramatizó tantas injusticias de su época —las atroces condiciones de los trabajadores, el daño del mercado matrimonial a la vida de las mujeres, la hipocresía moral del establishment— ser tan brutal en sus relaciones? Estaba claramente en sintonía con los terrores del encarcelamiento. En uno de los primeros bocetos de no ficción, "Una visita a Newgate", Dickens imagina tiernamente el sueño de un prisionero condenado a morir a la mañana siguiente. "La noche es oscura y fría", escribe, "las puertas se han dejado abiertas, y en un instante él está en la calle, huyendo de la escena del encarcelamiento como el viento".

Hay un eco del propio autor en estas líneas. En la página, Dickens accedió a la empatía de una manera que no pudo en la vida. Escribir ficción lo liberó económicamente, pero también le ofreció un escape de la prisión de su personalidad. Se convirtió, en la producción de sus obras,

en cientos de personas. Y, sin embargo, al igual que Little Dorrit, su imaginación gastó su libertad volando continuamente de regreso al interior de los muros penitenciarios. Si el fantasma de Dickens está ahora esposado, las novelas mismas, por la amplitud y seriedad de su visión moral, pueden ser exoneradas de los crímenes de su autor. El mejor arte es el más astuto de los artistas del escape. Forjando misteriosamente sus propias llaves, se libera y vuela.